

LAS TÉCNICAS DE EVALUACIÓN DE PROGRAMAS EN EL CURRÍCULUM PARA LA FORMACIÓN DE EXPERTOS EN ENSEÑANZA SUPERIOR ABIERTA

Marisa García de Cortázar
Profesora Titular de Sociología
Universidad Nacional de Educación a Distancia
España

La gestión de los establecimientos universitarios han cambiado radicalmente en los últimos años. En la mentalidad de planificadores, responsables políticos y líderes sociales ha tomado cuerpo la necesidad de incorporar algunos criterios de la economía de mercado, especialmente las relativas a la eficiencia de las instituciones para juzgar la pertinencia de crear, mantener, modificar o suprimir determinados programas o acciones que lleven a cabo las universidades. En razón de las limitaciones financieras y de la creciente demanda de educación para adultos para satisfacer las cambiantes necesidades del mercado de trabajo con la consiguiente diversificación y proliferación de programas y tareas, se ha hecho necesario responder a la exigencia social de competencia y control sobre los resultados obtenidos. Estas exigencias sociales plantean la necesidad de saber qué se hace con los fondos que gestionan las autoridades educativas, para qué sirven las acciones que llevan a cabo, cuáles son los criterios que guían a estas actuaciones y qué logros, se han conseguido. Todo ello adquiere singular importancia en el marco de las instituciones a distancia cuyo fulgurante despegue y creciente desarrollo ha

provocado que en una primera etapa se atienda más a las labores de implantación y de atención a una demanda cuantitativamente muy importante y cualitativamente diferente de la que tradicionalmente ha sido la propia de la Educación Superior. Pero una vez concluida esta etapa es tiempo de interrogarse acerca del camino recorrido: que se ha hecho, que grado de apoyo han tenido las acciones emprendidas, que conductas y criterios hay que modificar, cuáles son los puntos débiles o las potencialidades de los programas en curso, es suma, que se puede aprender del propio examen de lo realizado.

La evaluación de la propia organización de los programas que lleva a cabo se ha convertido así en un elemento necesario de la labor institucional de toda Universidad. Son los mismos establecimientos superiores los que periódicamente realizan estudios acerca de su eficacia bien contando con personal propio competente para evaluar programas, bien mediante encargos externos a empresas o instituciones especializadas. En el caso de las instituciones abiertas la necesidad de una evaluación periódica de sus tareas se hace evidente. En primer lugar para cumplir con uno de los postulados de las instituciones universitarias de prestigio: el deseo de conseguir niveles de excelencia en el dominio de la enseñanza y la investigación. En segundo lugar por la necesidad de mejorar la gestión de programas e instituciones de complejidad creciente y en muchos casos de reciente implantación.

Los programas de evaluación derivan de la idea comúnmente aceptada de que los proyectos sociales deben tener resultados demostrables. Cualquier programa tiene, de forma más o menos explícita, unos objetivos sobre cuyo éxito o fracaso puede emitirse un juicio. Los procedimientos para poder emitir un juicio empírico que pueda establecer la consecución o no de las metas previstas en un programa están en las técnicas de evaluación. A partir de la obtención y análisis de la información pertinente los evaluadores podrán pronunciarse sobre el diseño del programa, la implementación y funcionamiento del mismo, el impacto de sus actuaciones y el análisis de los beneficios en relación a los costes y estarán en condiciones de proporcionar recomendaciones para la toma de decisiones por parte de los responsables del programa. Como afirma Weiss «las herramientas de la investigación se ponen al servicio del ideal consistente en hacer más preciso y objetivo el proceso de juzgar». Estas herramientas facilitan el establecimiento de criterios precisos y claros para emitir juicios sobre el éxito de un determinado programa social, obtienen información de los diseñadores, agentes y usuarios del programa, la comparan con los criterios previamente establecidos, y finalmente extraen las conclusiones sobre la eficacia y el valor del programa en estudio.

Tradicionalmente se ha identificado evaluación educativa con evaluación del currículum y con evaluación/calificación de los estudiantes a través de notas y certificaciones. Estas acepciones siguen teniendo una importancia singular en el desarrollo de los programas a distancia y existe amplio consenso sobre la necesidad de adquirir sólidos conocimientos en estas materias. Pero al lado de estas formas de evaluación referidas fundamentalmente a los contenidos de los programas educativos y a los resultados académicos de los estudiantes, se hace cada vez más presente la necesidad de incorporar estas acciones evaluativas a un proceso más amplio en el que se enjuicie sistemáticamente la valía o mérito de un programa en su conjunto, y para ello es imprescindible la adquisición de una competencia en evaluación de sistemas y en las metodologías usuales que le son propias. Los procesos de racionalización de las funciones y actuaciones que necesariamente deben acometer a las instituciones abiertas sitúan en un papel central la evaluación de los proyectos educativos que ofertan.

El núcleo central de los contenidos formativos que deberían incluirse en los currículum para la formación de expertos en materia de evaluación de programas es aparentemente simple. Responde a la clásica pregunta evaluativa: ¿En que medida un programa esta alcanzando sus metas? Contestar a esta pregunta implica un proceso de adquisición de conocimientos que se traduce en las siguientes acciones:

1. Buscar las metas del programa.
2. Traducir las metas a indicadores medibles sobre el logro de los objetivos propuestos.
3. Incorporar información sobre los indicadores correspondientes referidos a los participantes en el programa.
4. Comparar los resultados de los participantes con los criterios que se hayan determinado para la realización de las metas.

Este clásico esquema del proceso evaluativo enmascara una sencillez que esta lejos de cumplirse cuando se contrasta con la realidad de una evaluación concreta. El evaluador en muchas ocasiones va a encontrarse con situaciones ambiguas no previstas en la ortodoxia evaluativa. No siempre van a ser claras, precisas y mensurables las metas de los programas que se pretenden evaluar. Es posible que en el proceso de recogida de información se hayan tenido que recurrir a formas no estrictamente rigurosas desde el punto de vista metodológico. En ocasiones el evaluador deberá discernir y elegir que actividades, personas y estructuras van a constituir objeto de su estudio sin tomar en consideración otras

cuestiones que a primera vista se presentan como esenciales. Es decir, tendrá que evaluar lo que pueda y como pueda. De aquí la importancia que adquieren en este currículum formativo las bases prácticas, de contacto con la realidad en que habitualmente se desarrolla una evaluación para corregir el sesgo puramente teórico en el que a veces se incurre en la enseñanza de esta materia.

Dentro de los contenidos específicos que puede cubrir un programa de formación en expertos de educación superior a distancia, adquiere especial relieve las materias relativas a las formas de obtención y análisis de información. El evaluador trabaja con información obtenida de los promotores, agentes y usuarios de los programas y la fiabilidad de esta información es una condición básica para la correcta realización de una evaluación. Esta fiabilidad va a depender de la validez de los instrumentos utilizados para su obtención, del acierto en la elección de las poblaciones y muestras que proporcionan la información necesaria y de las técnicas de análisis e interpretación de la misma. Técnicas de recogida de información, procedimientos para la determinación del universo del proyecto y de las unidades de observación métodos para el procesamiento, explotación y análisis de los datos son los tres vértices en los que se asienta la fase metodológica de medición de resultados y los que deben requerir una atención especial en la formación de expertos.

Dentro del primer apartado debe incluirse el examen de las ventajas e inconvenientes de las distintas fuentes de datos. Las fuentes de datos y las técnicas de investigación para su recogida son las habituales en las Ciencias Sociales: entrevistas, cuestionarios, tests (conocimientos, habilidades, actitudes, valores...) datos secundarios y observación, y en todas ellas debe adquirir un grado de competencia el futuro experto. Pero en el caso del uso y valoración de los datos secundarios esta competencia debe profundizarse. En los programas y acciones que llevan a cabo las instituciones abiertas la mayor parte de la información va a proceder de datos de archivos, estadísticas, ficheros de la propia institución y documentos producidos a raíz del programa y por ello una formación específica en el análisis documental y de contenido sería altamente provechosa.

Dentro del segundo apartado, la determinación del universo y de las unidades de análisis, el programa formativo tendría que incluir los temas habituales del estudio de poblaciones y muestras: definición del marco muestral, determinación de las unidades elementales de muestreo, elección de las unidades de muestreo y selección de la muestra (tamaño de la muestra y tipos de muestreo). Junto al estudio de los procedimientos para la obtención de muestras probabilísticas que son las habitualmente

recomendadas para un estudio riguroso, deben figurar también las muestras no aleatorias e incluso los enfoques etnográficos/antropológicos para la determinación de los sujetos que proporcionan la información. En muchas ocasiones no existe una base adecuada para obtener muestras probabilísticas. Los recursos son limitados, el tiempo escaso y el personal disponible poco versado en técnicas sofisticadas de muestreo. Por ello, las muestras no probabilísticas (por cuotas, conveniencia o estimación) se utilizan muy frecuentemente. Los resultados pueden servir de indicador previo a estudios de mayor envergadura o ser en si mismos concluyentes para comprobar algunos aspectos específicos del programa. La misma argumentación sirve para alentar la profundización en los enfoques etnográficos. Estos enfoques se basan en una intensa observación de un pequeño número de unidades que en muchas ocasiones dan como resultado la identificación de variables no previstas en el diseño de la evaluación. Algunas veces la captación de matrices no percibidos permitirá establecer «medidas indirectas» de factores explicativos a desarrollar por estudios posteriores.

Finalmente dentro de las técnicas de análisis de la información obtenida, las referidas a los diseños de medición y comparación de resultados cobran una importancia singular dentro de los procedimientos evaluativos. Desde los más rigurosos diseños experimentales hasta los diseños ex-post con un solo grupo, pasando por el análisis de las series temporales y el diseño de discontinuidad en la regresión, se ofrecen distintas posibilidades de contrastar y medir la correspondencia entre los objetivos pretendidos y los productos alcanzados a partir del cálculo de los efectos netos del programa sobre la población objetivo.

Todo ello contribuirá a que el futuro experto adquiera o actualice una formación en temas de evaluación de proyectos que sin duda tendrá que utilizar cada vez con más frecuencia en la realización de su quehacer profesional.